

retumbó en el agua. En aquel momento, una barca conducida por dos hombres se dirigió al sitio en que el cuerpo había desaparecido, y siguió un instante la corriente del agua. Al cabo de algunos segundos, mientras que el uno remaba el otro enganchó con un arpón un objeto que nadaba á flor de agua; y se disponía á colocarle en su barca, cuando el hombre de la caperuza encarnada arrojó al viento desde el puente y con voz sonora estas palabras sacramentales:

— ¡ *Dejad pasar la justicia del rey!*

El marinero se estremeció, y á pesar de las súplicas de su camarada, precipitó otra vez en el río el cuerpo del caballero de Bourdón.

XVIII

Los veinticinco golpes.

Unos seis meses habían transcurrido después de la escena que en el capítulo anterior hemos procurado describir: la noche se acercaba á la inmensa ciudad, y desde la puerta de San Germán se veía lenta y sucesivamente, según el sitio que ocupaban, desaparecer entre la niebla los campanarios y las torres que adornaban á París en 1417. Los puntiagudos torreones del Templo y de San Martín, fueron los primeros que hacia el Norte se confundieron con la sombra, que acudía veloz y espesa como una marea; en seguida alcanzó y envolvió las agudas y dentelladas agujas de San Gil y San Lucas, que desde lejos parecían en medio del

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

crepúsculo dos gigantes dispuestos á reñir; confundióse en seguida con la niebla que se levantaba del Sena, y por un instante se pudo distinguir todavía, á través de un denso velo de vapor, el activo Louvre y su columnata de torres, Nuestra Señora metropolitana y el erguido campanario de la Santa Capilla; precipitóse luego la sombra sobre la Universidad, como un caballo desbocado revolvió á Santa Genoveva, bamboleó sobre los techos de las casas, descendió á las calles, pasó más allá de las murallas, se esparció por la campiña, y fué á borrar en el horizonte la bermejiza línea que el sol había dejado como un postrer adiós sobre la tierra.

Sin embargo, en la línea de murallas que estrecha como un cinturón el coloso dormido, se distinguen de cien en cien pasos guardas encargados de vigilar por su seguridad: el ruido monótono y acompasado de sus pasos, se parece, permítasenos la comparación, á los latidos del corazón, que anuncian que la vida está allí, aunque ella se revista por un momento con la apariencia de la muerte. De cuando en cuando el grito de *centinela, alerta!* parte de un punto, y como un eco recorre toda aquella línea circular para ir á apagarse en el sitio de donde salió.

En el terraplén proyectado para la defensa de la

puerta de San Germán, cuya masa cuadrada se elevaba mucho más que las murallas, uno de aquellos centinelas se pasea más triste y más silencioso que los demás. Por su traje, medio militar y medio paisano, es muy fácil adivinar que, á pesar de que llena momentáneamente las funciones de un soldado el que le lleva, pertenece á aquella corporación de trabajadores que, por orden del condestable de Armañac, ha dado quinientos hombres para custodiar la ciudad; de vez en cuando se detiene, se apoya en la parte sana de que está armado, fija una mirada vaga en un punto del espacio, y luego, arrojando un suspiro, emprende otra vez la marcha circunscrita de un centinela nocturno.

De pronto llamó su atención la voz de un hombre que, desde el camino contiguo á los fosos exteriores, pedía que le abriesen la puerta de San German: el moroso individuo contaba, al parecer, con la condescendencia del guardián, que después de las nueve de la noche, solo podía permitir la entrada bajo su responsabilidad personal. Es preciso creer que no se había engañado acerca de la influencia que creía ejercer; porque apenas hubo oído su voz el joven centinela, cuando descendió á lo largo del declive que la muralla formaba inte-

riormente, y fué á llamar á una pequeña ventana, que denunciaba la claridad de una lámpara, gritando bastante alto :

— Padre, levantaos pronto y abrid la puerta á messire Juvenal des Ursins.

La lámpara anunció con sus movimientos que habían sido oídas aquellas palabras. Un anciano salió de la casa con una linterna en una mano y un manajo de llaves en la otra, y avanzó, acompañado del joven que le había llamado, por debajo de la bóveda que la maciza puerta formaba.

Sin embargo, antes de colocar la llave en la cerradura, y como si la seguridad dada por su hijo no hubiese sido suficiente, se dirigió al individuo, cuyos pasos sonaban al otro lado del rastrillo.

— ¿ Quién sois ? preguntó.

— Abrid, maese Leclere ; soy Juan Juvenal des Ursins, consejero del parlamento de nuestro señor rey. Me he detenido en la abadía de San German con el prior, y como somos antiguos conocidos, he contado con vos.

— Sí, sí, murmuró Leclere, tan antiguos conocidos como pueden serlo un anciano y un niño. Vuestro padre podía hablar así, porque nacimos los dos en la ciudad de Troyes en 1340, y un conoci-

miento de sesenta y ocho años merece mejor que el nuestro el título que le dáis.

Al pronunciar estas palabras, el anciano Leclere daba dos vueltas á la llave en la cerradura, fijaba en una posición perpendicular la barra horizontal de hierro que cerraba la puerta, y con las dos manos, empujando el uno, y tirando del otro, entreabrió los dos batientes macizos, que franquearon inmediatamente el paso á un joven de veinte á veintiun años.

— Gracias, maese Leclere, dijo dando un golpecito en el hombro del anciano con semblante agradecido y respetuoso ; gracias, y contad conmigo cuando me necesitéis, como he contado yo con vos.

— Messire Juvenal, interrumpió el joven Leclere, ¿ puedo reclamar también mi parte en esa promesa, como la tuve en el servicio que mi padre acaba de haceros ? porque, á no ser por mí, que le avisé, es más que probable que hubiéseis pasado la noche fuera de las murallas.

— ¡ Ah ! ; Eres tú, Perrinet ! ; Y qué haces aquí con ese traje y á estas horas ?

— Estoy de guardia por orden del señor condesable ; y como podía elegir el sitio de mi facción, he venido á pedir de comer á mi anciano padre.

— Y ha sido bien recibido, añadió el anciano ;

porque es un buen muchacho que teme á Dios, respeta al rey y ama á sus padres.

Y alargó á su hijo una mano arrugada y trémula. Éste la apretó entre las suyas y Juvenal se apoderó de la otra.

— Otra vez os doy gracias por vuestra condescendencia, y espero que no la pondrá á prueba otro importuno. Retiraos ya.

— Y hará muy bien, messire des Ursins ; porque aun cuando fuese nuestro señor el delfín Carlos, que Dios conserve, creo que no haría por él lo que por vos he hecho. El guardar las llaves de una ciudad, trae consigo mucha responsabilidad en tiempos turbulentos como este. Así es, que cuando estoy despierto no se separan de mi cintura, ni de mi cabeza cuando duermo.

Después de haber lisonjeado su amor propio con esta prueba de vigilancia, le cedió otra vez el anciano las dos manos que estrechaba, levantó la linterna que había depositado en el suelo, y se dirigió á su casa, dejando solos á los dos jóvenes.

— ¿Qué querías pedirme, Perrinet ? replicó Juvenal apoyándose en el brazo del vendedor de hierro que hemos presentado en escena en el capítulo precedente, y que encontramos en este.

— Noticias, messire ; vos sois consejero y debéis

saber cuanto pasa : aquí se dice que en Tours, donde está la reina, ha habido grandes acontecimientos.

— Verdaderamente, no podrás dirigirte á mejor fuente ; voy á dártelas muy frescas.

— Subamos á la muralla, si lo tenéis á bien : el condestable seguramente no tardará en rondar, y si no me encontrase en mi puesto, perdería mi anciano padre su destino y á mí se me castigaría cruelmente.

Juvenal se apoyó familiarmente en el brazo de Perrinet, y los dos subieron á la plataforma, que por un momento estuvo desierta.

— Te haré una relación circunstanciada de cuanto ha pasado, añadió Juvenal. Ya sabes que la reina estaba presa en Tours, y que su carcelero era Dupuy, hombre receloso y poco amable. Sin embargo, á pesar de su vigilancia, encontró medio la reina de escribir al duque de Borgoña y de reclamar su protección. Éste comprendió al momento que Isabel de Baviera sería para él un aliado poderoso, porque según opinión de muchos, su rebelión contra el rey sería desde luego una protección caballeresca concedida á una mujer.

Como los pasos de madama y de la duquesa de Baviera se observaban con menos cuidado que los

de la reina, recibía ésta, por su conducto, noticias del duque; y cuando supo que había puesto sitio á Corbeil, y que sus tropas habían penetrado hasta Chartres, concibió alguna esperanza de salvarse.

En virtud de esto fingió tener la más profunda devoción á la abadía de Marmoutiers, y obligó á madama á que suplicase á Dupuy que permitiese ir á la misa que allí se celebraba á las princesas y á sus doncellas. Dupuy, á pesar de su brutalidad, no se atrevió á negar á la hija de su rey una gracia, al parecer insignificante. La reina acostumbró insensiblemente á su carcelero á que no se sorprendiese cuando la veía salir para Marmoutiers. Fingió no reparar en la insolencia de aquel hombre, y le habló con amabilidad. Satisfecho Dupuy de ver humillado delante de su voluntad el orgullo de una reina, se volvió más humano. Permitióle que fuese á la abadía cuando quisiera, teniendo la precaución de acompañarla siempre y de apostar en el camino destacamentos de trecho en trecho, aunque le pareciese inútil tanta exactitud, por estar á cincuenta leguas del enemigo.

Pero la reina notó que sus guardas, convencidos de la inutilidad de su vigilancia, hacían el servicio con mucho descuido, y que si de pronto se les atacase, ninguna defensa podrían oponer.

Desde aquel momento formó el proyecto de que el duque de Borgoña le arrancase de las manos de sus enemigos en Marmoutiers, y le comunicó con uno de sus criados todas estas particularidades. El duque aprobó el plan de la reina, y ésta le designó el día que ella iría á la abadía.

La empresa era arriesgada; se debían atravesar cincuenta leguas sin ser descubierto. El duque de Borñona no podía intentar este golpe de mano con poca gente, porque Dupuy contaba con bastante fuerza para resistirle. Tampoco parecía acertado que emplease para ello muchas lanzas, porque seguramente el carcelero de Isabel tendría aviso de su marcha, presumiría su objeto, y trasladaría á la reina á Maine, Berry, ó Anjou; pero no por eso se desanimó el duque de Borgoña: conocía demasiado que el único medio de sostener su partido era autorizarle con el nombre de Isabel, y tomó tan acertadas medidas, que consiguió lo que deseaba, sin ser descubierto, y voy á decir cómo.

Perrinet Leclerc no pestañeaba.

Eligió de su ejército los diez mil jinetes más valientes y mejor montados; racionó unos y otros con abundancia, y la noche del octavo día del sitio de Corbeil se puso á su cabeza y tomó el camino de Tours. Anduvieron toda la noche en el más pro-

fundo silencio, y no se detuvieron hasta una hora antes de amanecer para dar el pienso á los caballos; otra vez se pusieron en marcha por espacio de quince horas consecutivas, pero mucho más de prisa que por la noche, y á la caída de la tarde hicieron alto á seis leguas de Tours.

Este ejército había causado la admiración general por donde había pasado, y su silencio y celeridad había sorprendido á todos; pero la mañana del segundo día, como el duque de Borgoña temía, á pesar de las precauciones que había tomado, que estuviesen avisados los guardas de la reina, llegó á las ocho de la mañana á Marmoutiers, rodeó la iglesia y mandó á sire Hector de Saveuse que penetrase en ella con sesenta hombres.

Cuando Dupuy vió aquella tropa, que por la cruz encarnada que llevaba reconoció que era borgoñona, dijo á la reina que le siguiese y saliese por una puerta lateral, donde la esperaba su carroza; pero ella se opuso formalmente. Hizo entonces una seña á los otros dos guardias, quienes intentaron hacerla obedecer á la fuerza; pero Isabel se agarró á las berjas del coro en que estaba arrodillada, pasando el brazo á través de ellas y jurando por Cristo que la matarían antes que arrancarla de allí. Las damas y princesas que la acompañaban corrían

de uno á otro lado implorando socorro y pidiendo auxilio. Sire de Saveuse, viendo aquella escena, se santiguó para que Dios, en cuya casa se hallaba, le perdonase aquella acción; desenvainó la espada y sus soldados hicieron otro tanto.

Conociendo entonces Lorenzo Dupuy su posición, se salvó por la puerta falsa, montó á caballo y entró á escape en la ciudad de Tours, la que enterada de lo que pasaba se puso en estado de defensa.

Luego que hubo desaparecido, sire de Saveuse se acercó á la reina y la saludó respetuosamente en nombre del duque de Borgoña.

— ¿Dónde está? preguntó Isabel.

— Esperándoos delante de la puerta principal de la iglesia.

La reina y las princesas salieron entonces del templo del Señor, en medio de dos filas de soldados, que gritaban: ¡Viva la reina y el delfín! Al verla el duque de Borgoña se apeó y dobló la rodilla.

— Mi muy querido primo, le dijo acercándose á él y levantándole, debo amaros sobre todos mis vasallos. En nada habéis reparado para obedecer mi mandato, y me habéis arrancado de mi prisión. Estad seguros de que nunca olvidaré vuestros servicios: conozco que os habéis interesado siem-

pre por el rey, su familia, el reino y la causa pública.

Al pronunciar estas palabras, le dió la mano á besar.

El duque le dirigió algunas palabras respetuosas, y después de haber dejado á su lado á sire de Saveuse con mil caballos, marchó con el resto á Tours, antes de que aquella ciudad volviese de su sorpresa. Ninguna resistencia encontró; y mientras que la mayor parte de su gente se deslizaba por los sitios más bajos, hizo el duque su entrada por las puertas que los soldados de Dupuy habían abandonado. Este desgraciado cayó también prisionero, y sirvió de ejemplo á la posteridad, atestiguando que nunca se debe faltar al respeto á las cabezas coronadas, por oprimidas que se hallen.

— ¿Qué le sucedió? preguntó Perrinet.

— Fué ahorcado, respondió Juvenal.

— ¿Y la reina?

— Regresó á Chartres, y luego marchó á Troyes, donde tiene su corte. Los Estados generales de Chartres se componen de partidarios suyos y la han declarado regente; de modo que ha mandado abrir un sello con las armas de Francia y de Baviera entrelazadas, y en el reverso está su retrato

con el siguiente lema: *Isabel, por la gracia de Dios, reina regente de Francia.*

Estos detalles políticos interesaban, al parecer, muy poco á Perrinet Leclere, y se traslucía que deseaba conocer otros, que no se atrevía á pedir; en fin, después de un momento de silencio, y viendo que messire Juvenal se disponía á despedirse de él, le preguntó con fingida indiferencia:

— ¿Se dice si ha sucedido alguna desgracia á las damas que acompañaban á la reina?

— Ninguna, respondió Juvenal.

Perrinet respiró,

— ¿En qué sitio de la ciudad tiene la reina su corte?

— En el castillo.

— Otra pregunta, messire: vos que sois un sabio, que conocéis el latín, el griego y la geografía, decidme, ¿hacia qué lado del horizonte debo volverme para mirar la ciudad de Troyes?

Juvenal se orientó un momento, y agarrando después con la mano izquierda la cabeza de Perrinet, la volvió hacia un punto del espacio, que al mismo tiempo señalaba con el índice de la mano derecha.

— ¡Ah! le dijo, mira por entre los dos campanarios de Saint-Ives y de la Sorbonne, un poco á la izquierda de la línea que se levanta detrás de

este último; ¿ves una estrella que brilla más que cuantas la rodean?

Perrinet hizo un movimiento afirmativo.

— Se llama Mercurio. ¡Pues bien! trazando una línea vertical desde el sitio en que te parece que está suspendida hasta la tierra, esta línea, vista desde aquí, divide en dos la ciudad cuya posición me preguntas.

Perrinet no observó lo que le parecía poco claro en la demostración astronómica-geométrica de messire Juvenal, y fijó toda su atención en que, mirando un poco á la izquierda de la Sorbonne, dirigía sus miradas al sitio en que respiraba Carlota. Poco le importaba lo demás: ¿no era para él aquel sitio el mundo entero?

Dió las gracias á Juvenal, quien se alejó gravemente, satisfecho de haber dado á su compatriota esta prueba de una ciencia cuya afectación era, con la manía de querer persuadir que descendía de la familia de Orleans, el único defecto que se podía achacar á aquel imparcial y justo historiador.

Perrinet se había quedado solo apoyado contra un árbol; y aun cuando la parte de París que se llamaba entonces la Universidad estuviese delante de sus ojos, como su corazón le trasladaba mucho más allá, desapareció completamente de su pensa-

miento; luego, como si su vista atravesara realmente el espacio, solo vió en el horizonte la ciudad de Troyes, en la ciudad el antiguo castillo, en el castillo una cámara, la que habitaba Carlota, y la que se abría también para él como aquellas decoraciones cerradas, excepto por el lado que está enfrente del espectador; y allí, en aquella cámara, libre de los cuidados que le imponía su empleo cerca de la reina, á una joven rubia y graciosa, alumbrando con sus vestidos blancos su sombría habitación, como los ángeles de Martin y de Dandes, que, llevando su luz consigo, iluminan con sus rayos el caos que atraviesan, y sobre el cual no lució todavía el sol.

Á fuerza de reunir todas las potencias de su alma en un solo pensamiento, aquella aparición se convirtió para él en una realidad; y si su imaginación le hubiese presentado, en vez de su Carlota tranquila y pensativa, á Carlota corriendo algún peligro, es bien seguro que hubiera tendido los brazos y precipitándose más adelante, creyendo que era suficiente dar un paso para protegerla.

En tales términos estaba Perrinet sumergido en esta contemplación, que hubiera podido hacer creer á los que la han experimentado que existe en algunos momentos y en ciertas organizaciones un don

real, y no oyó el ruido que hacía al subir la calle de Paon una patrulla de caballería, que un momento después desfiló por la muralla á algunos pasos de él.

El que mandaba aquella patrulla hizo una seña á su gente para que se detuviera, y avanzó solo, buscando con la vista al centinela que allí debía estar, y sus ojos se fijaron en Perrinet, que en la misma posición y continuando en el mismo sueño, nada había distinguido de cuanto á su alrededor pasaba.

Dirigióse entonces el comandante hacia aquella sombra inmóvil, y con la punta de su espada derribó la gorra de fieltro que cubría la cabeza de Leclerc.

La visión se desvaneció con la rapidez de un palacio dorado que se desploma y desaparece al impulso de un temblor de tierra: una especie de conmoción eléctrica corrió por todo su cuerpo, y por un movimiento natural, apartó de su parte sana la espada que le amenazaba, gritando: ¡Á las armas!

— Aun no estás bien despierto, y sueñas alto, dijo el condestable de Armañac; mientras que la hoja de su espada cortaba como un junco la lanza guarnecida de hierro que Leclerc había presentado

á la visera de su casco, y cuya punta al caer quedó clavada en el suelo.

Leclerc reconoció la voz del gobernador de París, arrojó el asta que aun conservaba entre sus manos, cruzóse de brazos, y aguardó con tranquilidad que el condestable el impusiese el castigo á que se había hecho acreedor.

— ¡ Ah ! señores paisanos, continuó el conde de Armañac, ¡ se os confía la custodia de vuestra ciudad, y tan descuidadamente cumplís con vuestro deber ! ¡ Hola ! mis soldados, añadió dirigiéndose á su tropa, que hizo un movimiento para acercarse á él ; ¡ tres hombres necesito !

Y tres hombres salieron de las filas.

— Acabe uno de vosotros la centinela de ese pe-rillán.

Un soldado se apeó silenciosamente de su caballo, dió la brida á un camarada y relevó á Leclerc.

— Vosotros, continuó el condestable dirigiéndose á los dos soldados que aguardaban sus órdenes, echad pie á tierra, y con las vainas de vuestras espadas contad en sus espaldas hasta veinticinco golpes.

— Monseñor, dijo con frialdad Perrinet, este castigo se impone á los soldados, y yo no lo soy.

— Obedeced, añadió el condestable poniendo el pie en el estribo.

Leclere se le acercó y le detuvo por el brazo.

— Reflexionad lo que hacéis monseñor.

— He dicho veinticinco ; ni uno más ni uno menos, replicó el condestable ; y montó á caballo.

— Monseñor, dijo Leclere agarrando la brida del caballo, monseñor, es un castigo de siervo y de vasallo, y yo no soy ni uno ni otro, soy hombre libre ; mandadme á la cárcel por quince días ó por un mes y obedeceré ciegamente.

— Estoy viendo, dijo el condestable, que será preciso elegir para estos miserables un castigo que merezca su aprobación. ¡ Atrás !

Clavó las espuelas al caballo, quien dió un bote, y descargando en la cabeza descubierta de Leclere un puñetazo con su manopla de hierro, le tendió á los pies de los dos soldados que debían ser los ejecutores de la orden que acababa de dar.

Semejantes castigos se recibían siempre con satisfacción por los soldados, cuando el paciente era un paisano. Existía entre la tropa y las corporaciones un odio real, que las reconciliaciones políticas, que de tiempo en tiempo se verificaban entre ellos, no conseguían sofocar : era también muy raro que si por la noche se encontraban en la calle un

estudiante y un soldado, no hiciese el uno uso del bastón y el otro de la espada. Nos vemos en la necesidad de decir que Perrinet Leclere no era de los que cedían el campo en esta clase de encuentros, cuando se presentaba la ocasión.

Fué, pues, un verdadero golpe de fortuna para los soldados del condestable la ejecución que les encargó su jefe ; de modo que, cuando Perrinet rodó á sus pies, se abalanzaron los dos á él, en términos, que al volver de su aturdimiento se encontró desnudo hasta la cintura, las manos atadas en cruz encima de su cabeza y pendiente de las ramas de un árbol, tocando apenas la tierra con las puntas de sus pies. Los soldados soltaron las espadas del cinturón, colocaron las hojas encima del césped, y con la vaina empezaron á descargarle golpes, alternando con tanta flema y regularidad como los pastores de Virgilio.

El tercer soldado se había acercado y contaba los golpes.

Los primeros resonaron encima de aquel blanco cuerpo, sin que al parecer causaran la más leve impresión en el que los recibía, aunque al resplandor de la luna se distinguían los surcos azules que en él trazaban ; poco después, doblándose las vainas como un aro encima de la golpeada espalda,

arrancaban tiras de carne. Insensiblemente fué cambiando de sonido el ruido de los golpes: de agudo que era al principio se convirtió en sordo, como si cayeran encima de lodo; cuando terminaba ya la ejecución se vieron los soldados en la necesidad de distraer una mano de su tarea, para preservar su cara del rocío de sangre y de las partículas de carne que saltaban á cada descarga.

Exactos observadores de su consigna, se detuvieron á los veinticinco golpes. Leclerc no había arrojado un grito ni proferido una queja.

Un soldado recogió su espada y la envainó tranquilamente, mientras que el otro cortaba con la suya la cuerda entre las ramas y las manos del paciente.

Luego que la hubo cortado, Perrinet, que permanecía de pie porque ella le sostenía, cayó, mordió la tierra y se desmayó.

XIX

El derecho de vida ó muerte.

Un mes después de lo que hemos referido en el anterior capítulo, grandes acontecimientos tenían lugar alrededor de París.

Nunca había amenazado tan de cerca á la monarquía francesa una ruina más completa que en aquel momento: tres bandos devoraban el reino, y cada cual procuraba sacar el mejor partido posible.

Enrique V, rey de Inglaterra, acompañado de los duques de Clarence y de Gloucester, sus hermanos, había, como hemos dicho ya, desembarcado en Touques, Normandía; inmediatamente atacó el castillo de este nombre, que después de cuatro días de combate capituló, y en seguida puso sitio á Caen, que defendían dos señores de mérito y de